

El Santo Espíritu de Dios



John Boyd, Belfast, Reino Unido

Assembly Testimony, números 133 al 143

Contenido

- 1 [La personalidad del Espíritu](#)
- 2 [La deidad del Espíritu](#)
- 3 [Su obra antes del Pentecostés](#)
- 4 [El bautismo en el Espíritu](#)
- 5 [Su obra después del Pentecostés](#)
- 6 [La recepción del Espíritu](#)
- 7 [El fruto del Espíritu](#)
- 8 [La dirección del Espíritu](#)

1 *La personalidad del Espíritu*

La mayoría de los creyentes están familiarizados en buena medida con dos de las tres Personas de la Santa Trinidad, a saber, el Padre por su presentación frecuente en el Antiguo Testamento, especialmente como Jehová en su trato con Israel, y el Hijo por ser el tema principal del Nuevo Testamento. Pero del Espíritu Santo nuestro conocimiento es más fragmentario. La Biblia esparce a lo largo de su texto la mención de sus actividades, y como consecuencia muchos entre el pueblo de Dios descuidan su conocimiento. Un beneficio del estudio de esta Persona es que nos guardará de alguna idea de inferioridad dentro de la Deidad.

Reconocemos que hay dificultades casi insuperables, ya que se trata de la mente finita intentando comprender a Uno que es infinito.

Una persona

Conviene considerar la personalidad del Espíritu en el sentido de sus emociones, mente y voluntad, y su poder para realizar las funciones de estos tres atributos. En su aplicación al

Espíritu Santo, esto quiere decir una voluntad y mente infinita que guía la Omnipotencia en bien de la criatura.

Es una Persona. Si fuera tan sólo una influencia, un poder, un atributo, pensaríamos de Él en función de utilizarle. Esto conduciría a la exaltación propia, como si fuera nuestra la decisión en última instancia. Al estar plenamente conscientes de que se trata de una persona divina, pensamos en cómo Él puede utilizarnos a nosotros, y esto conduce a la humillación propia y la dependencia en Él.



Observemos cómo el Señor Jesús se refirió al Espíritu como *Él*, y no *ello*. “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará”, Juan 16.13. Son muchas y diversas las pruebas de la personalidad del Espíritu. Al anunciar que Éste vendría sobre los discípulos, una vez ausente Él, nuestro Señor habló de una persona, a saber, otro Consolador, Juan 14.16. La palabra usada aquí para *otro* da a entender otro del mismo tipo, a saber, uno como era el Señor. Sería enviado de parte del Padre, procediendo de la presencia suya. De nuevo, en Juan 15.26, Cristo habló de “el Consolador, a quien yo os enviaré el Padre ... *él* dará testimonio”, empleando pronombre masculino en el griego.

Su actuación y emociones

Las Escrituras proporcionan evidencia abundante de sus operaciones: > su voluntad, en la distribución de los dones a los creyentes, 1 Corintios 12.11; > su parecer, en la intercesión suya por los creyentes en su acercamiento a Dios en oración, Romanos 8.27; > su capacidad de actuar a favor nuestro, al escudriñar aun lo más profundo de Dios, 1 Corintios 2.10.

Su personalidad está estampada en sus emociones: > su amor por el pueblo de Dios, Romanos 15.30; > su regocijo derramado sobre ellos (“con gozo del Espíritu Santo”), 1 Tesalonicenses 1.6; > su beneplácito, en las decisiones de los ancianos (“ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros”), Hechos 15.28; > su pesar ante la conducta indebida de los suyos, Efesios 4.30.

Él estimula emociones parecidas en los mismos creyentes, como el amor, gozo, paz, simpatía y disgusto: > El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo”, Romanos 5.5. > “Jesús se regocijó en el Espíritu”, Lucas 10.21. > El ocuparse del Espíritu es vida y paz”, Romanos 8.6. > “Agabo daba a entender por el Espíritu que vendría una gran hambre”, Hechos 11.28. > El Espíritu de Dios vino sobre él [Saulo] ... y él se encendió de ira en gran manera”, 1 Samuel 11.6.

Sus actividades manifiestan su personalidad. > Es el Consolador, así como lo es Cristo. Él derrama consolación a los corazones sufridos de la oprimida humanidad. “Entonces las iglesias tenían paz ... y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo”, Hechos 9.31.

> Cual *Paraclete*, alumbró a los creyentes en todo, y en particular en las obras de Cristo, Juan 14.26. (Considérese también Nehemías 9.20: “Enviaste tu buen Espíritu para enseñarles ...”). > Siendo el Espíritu de Verdad, es testigo confiable en cuanto a Cristo, Juan 15.26. “Os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”, Juan 16.13.

> Él redarguye de pecado, Juan 16.8. > Profetiza, como afirma el 16.13. > Glorifica a Cristo, “Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”, 16.14. > Da fortaleza: “Entró el Espíritu en mí y me afirmó sobre mis pies”, Ezequiel 3.24. > Guía a otros en su profecía: “Vino sobre mí el Espíritu de Jehová, y me dijo: Dí: Así ha dicho ...”, Ezequiel 11.5.

> Él despacha a sus servidores a la obra misionera. “Dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo ...”, Hechos 13.2. > Pero prohíbe que prediquen según su propia elección. “Les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia”, Hechos 16.6 > Pone a los ancianos, 20.28. > Alumbra los cristianos. “Dios las reveló a nosotros por el Espíritu”, 1 Corintios 2.10.

Evidencias de personalidad

La actitud de los hombres hacia el Espíritu, como las Escrituras la proyectan, manifiesta que siempre le percibían como una persona. > Le blasfemaron, hablando mal de Él, Mateo 12.31. > Cuando Pedro les acusó a Ananías y Safira de haber retenido fondos, dijo que era una mentira al Espíritu, aunque posiblemente esa pareja no se daba cuenta de la naturaleza del engaño, Hechos 5.3. > Él puede ser contristado, al extremo de usar represalias. “Hicieron enojar su santo espíritu; por lo cual se les volvió enemigo, y él mismo peleó contra ellos”, Isaías 63.10.

> Al igual que el Hijo de Dios, Él puede ser despreciado, aun cuando actúe en gracia hacia sus enemigos. “... e hiciere afrenta al Espíritu de gracia”, Hebreos 10.29.

> El Espíritu puede ser apagado; es decir, se puede impedir sus obras en otro creyente. 1 Tesalonicenses 5.19. > Puede ser resistido, u opuesto por hombres pecaminosos. “Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros”, Hechos 7.51. > Los creyentes pueden tener comunión con el Espíritu Santo. “... la comunión con el Espíritu Santo sean con todos vosotros”, 2 Corintios 13.14.

2 La deidad del Espíritu

El es Dios

No es sólo que el Espíritu Santo sea una persona, sino que es una de las Personas de la Deidad. Es Dios. “... No has mentido a los hombres, sino a Dios”, Hechos 5.3,4. Es igual a Dios el Padre y al Hijo de Dios en poder, dignidad, gloria y existencia eterna. “... el Espíritu eterno”, Hebreos 9.14. *El Espíritu de Jehová*, un nombre que le es dado a menudo en el Antiguo Testamento, se emplea como sinónimo con el de Jehová. El Espíritu de Jehová vino sobre él ... y Jehová entregó en su mano ...”, Jueces 3.10.

Al citar pasajes del Antiguo Testamento, los escritores del Nuevo suelen atribuirlos al Espíritu Santo. El mensaje de Jehová a Israel en Salmo 95.7 al 11, “Si oyes hoy su voz ...”, figura en Hebreos 3.7 al 11 como del Espíritu, “Por lo cual, como dice el Espíritu Santo ...” De nuevo, las instrucciones a Moisés en Levítico 16.2,34 tocante el ministerio del sumo sacerdote velo adentro, se describe en Hebreos 9.8 como del Espíritu Santo “dando a entender ... que aún no se había manifestado el camino”.

Hay igualdad entre las tres Personas

El Nuevo Testamento afirma la igualdad del Espíritu con el Padre y el Hijo. Ya hemos comentado que el Señor se refirió a él como “otro Consolador” del mismo género. En este mismo orden Él dijo que el Padre y Él morarían en quien la amara y guardara sus mandamientos, 14.23. Lo harían en la Persona del Espíritu Santo. Nótese también 1 Corintios, donde Aquel que obra todos los dones en los creyentes se llama Dios en el 12.6 y el Espíritu en el 12.11.

En la obra de la creación los Tres estaban unidos. La palabra para *Dios* en Génesis 1.1 es plural, que en el hebreo quiere decir más de dos personas. El Dios Trino creó los cielos y la tierra. Sin duda se ve al Padre en el 1.1, el Espíritu en 1.2 y el Hijo en Juan 1.3.

En Hebreos 9.14 las tres Personas están en estrecha asociación en la obra de la redención; es una limpieza por la sangre de Cristo, quien por medio del Espíritu se ofreció a Dios. Además, la obra de la resurrección se percibe como > del Padre en Efesios 1.20 (“... el Dios de nuestro Señor Jesucristo ... según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos”) > del Hijo en 1 Corintios 15.4 (“Cristo murió ... y resucitó al tercer día”) > y del Espíritu en Romanos 1.4 (“Fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”).

En el bautismo mencionado en Mateo 28.19 se emplea un solo nombre, no tres, como indica la preposición *en*. Una igualdad de esta índole se nota en la bendición que Pablo expresa en 2 Corintios 13.14: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”.

Dignidad en su deidad

Le corresponde al Espíritu la dignidad propia de la Deidad, ya que el Señor enfatizó la naturaleza imperdonable de blasfemia al Espíritu; Marcos 3.29. Es que Él posee todos los atributos de la Deidad: > es eterno en su ser, Hebreos 9.14; > es omnisciente, “el Espíritu todo lo escudriña”, 1 Corintios 2.10,11; > es omnipresente, “¿A dónde me iré de tu Espíritu?” Salmo 139.7; es omnipotente, “Todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu”, 1 Corintios 12.11; > es vivificante, El espíritu es el que da vida”, Juan 6.63, así como son Padre e Hijo, “Como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida”, Juan 5.21.



Que Dios, entonces, nos haga reconocer siempre la grandeza de la Persona que es el Espíritu Santo, valorando debidamente su obra por nosotros y en nosotros. Que conozcamos la dignidad de su Persona, atribuyéndole la reverencia que corresponde a uno en la Trinidad de Dios. Que sepamos la naturaleza de su Persona, viviendo así para la alabanza de la gloria de su gracia.

3 Su obra antes del Pentecostés

Para comprender mejor al Espíritu, hacemos bien en escudriñar las Escrituras con el fin de conocer su obra en el pasado y en el presente, cual poder ejecutor de la Deidad. Encontraremos una marcada diferencia en su actuación antes y después del Pentecostés, el día cuando fue enviado del Padre a morar entre el pueblo de Dios a solicitud del Señor Jesucristo, Juan 14.16. Este evento se conoce técnicamente como “la procesión del Espíritu”, Juan 15.26, o el bautismo en el Espíritu, 1 Corintios 12.13.

Aparte de los hombres

Veamos su obra según figura en el Antiguo Testamento, primeramente su obra aparte de los seres humanos.

Le encontramos como el agente que se movía sobre la faz de las aguas [“cobijaba” en la Versión Moderna de 1893 (“la versión de Pratt”)] en la creación, Génesis 1.2,

cuidadosamente poniendo orden donde había caos. Él adornó los cielos, Job 26.13, dándolos el esplendor que conocemos.

Intervino también en la creación del ser humano, El Espíritu de Dios me hizo, el soplo del Omnipotente me dio vida”, Job 33.4; y de los animales, “Envías tu Espíritu, son creados ...”, Salmo 104.30. Le interesa también el reino vegetal, ya que convierte el desierto en campo fértil, aun como bosque, Isaías 32.15. Y, por otro lado, la hierba se seca, y la flor se marchita, cuando el viento de Jehová sopla en ella, 40.7. [En algunas traducciones, *Espíritu* en vez de *viento*.] Ya hemos observado que hizo esto en colaboración con el Padre y el Hijo.

Con los hombres

En ambos Testamentos se encuentra al Espíritu activo en relación con el hombre. Veremos primeramente qué ha hecho sin que el hombre intervenga. Él moraba con ellos por un lapso según Génesis 6.3, controlándolos y guardándolos de extravío. [“Mi Espíritu no contendrá para siempre con el hombre en su error”, Versión Moderna. “No permanecerá mi espíritu en el hombre”, la Vulgata de Scío]. Dejó de hacerlo 120 años más tarde, en la ocasión del diluvio. En cuanto a Israel, siglos más tarde, leemos en Isaías 63.10: “Hicieron enojar su santo espíritu; por lo cual se les volvió enemigo”.

Por medio de hombres

Pero más le encontramos en el Antiguo Testamento tomando posesión de personas para realizar determinadas obras. No se trata de una relación continua con estas personas, sino que el Espíritu estuvo con uno u otros en ocasiones definidas. Esto está en contraste con el rol del Espíritu en los cristianos en el Nuevo Testamento a partir del Día de Pentecostés, ya que ahora Él mora en los tales para siempre.

Su metodología era variada, más de todo según la naturaleza de la obra por realizarse en esas personas. El término básico en este sentido se encuentra en Jueces 3.10, El Espíritu de Jehová vino sobre él”. Quiere decir que llegó a suceder; figura en algunas traducciones como simplemente “estuvo sobre él”. > Es decir, el Espíritu Santo *se presentó* sobre ese hombre, Otoniel. A veces, sin embargo, se emplea un término que tiene la idea de *envolver* a uno: > El Espíritu de Jehová vino sobre Gedeón”, o le arropó a Gedeón para usarle en la liberación de Israel, 6.34. > Esta misma palabra es la que figura en 1 Crónicas 12.18, cuando el Espíritu le habilitó a Amasai para convencer a David de su lealtad. Parecido es el lenguaje en el hebreo en 2 Crónicas 24.20: El Espíritu de Dios vino sobre Zacarías ...” y él protestó la idolatría del pueblo de Judá.

El Espíritu *vino poderosamente* sobre algunos hombres, obligándolos a servirle, a realizar hazañas: > sobre Sansón, permitiéndole matar un león, Jueces 14.6; > sobre Saúl, otorgándole la capacidad de profetizar junto con los profetas, 1 Samuel 10.10; > sobre David, una vez que Samuel le había ungido, para ser un fuerte rey sobre Israel, 16.13.

En ocasiones el Espíritu *moró* en hombres escogidos, > como en José, Génesis 41.38, un hombre a quien Faraón describió de esta manera debido a la sabiduría que manifestaba. Así también Dios le declaró a Moisés que > Josué era “un varón en el cual hay espíritu”, y por ende idóneo para ser líder en Israel, Números 27.18. > Dios *dio* el Espíritu para instruir a su pueblo, cosa que hizo a través de los profetas. “Enviaste tu buen Espíritu para enseñarles ... Les testificaste con tu Espíritu por medio de los profetas”, Nehemías 9.20,30.

Algunos hombres *estaban llenos* del Espíritu. > “He llamado por nombre a Bezaleel [el artífice principal del tabernáculo] ... y lo he llenado del Espíritu de Dios”, Éxodo 31.3. > Por supuesto, el Espíritu de Cristo estaba en los profetas antiguotestamentarios mientras escribían las Escrituras, ya que no fue obra de su propia imaginación. Habiendo escrito, ellos se veían

obligados a considerar el texto para aprender su aplicación, cumplimiento y protagonista; 1 Pedro 1.10 al 12.

En vista de la encarnación

El Nuevo Testamento abunda marcadamente más sobre las obras del Espíritu Santo, dividiéndolas en dos: lo que hizo antes y después del Día de Pentecostés. Cuando el Señor estaba sobre la tierra en carne propia Él les enseñó a sus discípulos a orar por el don del Espíritu. Sería suyo al pedirlo. "... vuestro Padre celestial dará el Espíritu a los que se lo pidan", Lucas 11.13. Pero después de Pentecostés no había necesidad de hacer esto, ya que Él moraría dentro de los creyentes en Cristo.

La obra del Espíritu de Dios antes de Pentecostés se centraba principalmente en la persona del Señor Jesucristo:

- Primeramente, en relación con su nacimiento, se le ve en el Precursor, Juan el Bautista, acerca de quien el ángel Gabriel le dijo al padre de éste, Zacarías, que Juan sería lleno del Espíritu a partir de su nacimiento, Lucas 1.15.
- Luego Gabriel le reveló a María, la virgen desposada a José, la naturaleza de su concepción por el Espíritu, 1.35
- Cuando María le visitó a Elisabet, madre del Bautista, y le saludó, ésta estuvo llena del Espíritu y le bendijo a María, 1.41.
- Zacarías también fue poseído del Espíritu, y en la ocasión de la circuncisión del Bautista profetizó acerca de su nexa con el Señor Jesús, 1.67.
- Al ser circuncidado el niño Jesús, Simeón entro en el templo en el Espíritu; profetizó acerca de la vida y muerte del Señor Jesucristo, 2.26 al 35.



No hay mención adicional del Espíritu Santo en relación con el Señor hasta que Juan el Bautista afirmó que era el Hijo de Dios, observando que el Espíritu descendía del cielo y permanecía sobre Cristo en su bautismo, Juan 1.31 al 34. Pero esto no quiere decir que el Espíritu vino sobre Él por primera vez para la obra que realizaría, ya que el Espíritu no le fue dado por medida, como lo fue al Bautista y otros, Juan 3.34. Cristo era Dios mismo, y moraba en Él la plenitud de la Deidad corporalmente, Colosenses 2.9. Cual Persona de la Trinidad, Cristo era en esencia, eterna e incomprensiblemente, uno con el Espíritu de Dios.

La asociación estrecha del Espíritu con Cristo sobre la tierra se ve en las palabras usadas para describir su comunión en la tentación. El Espíritu le llevó al desierto, Mateo 4.1; le impulsó, Marcos 1.12; le condujo [Versión Moderna], Lucas 4.1. Esta misma asociación se ve en los milagros del Señor. El Señor dijo que echaba fuera demonios por el Espíritu de Dios, Mateo 12.28. Ungido por el Espíritu del Señor [Jehová], Él predicaba el evangelio a los pobres, 4.18.

Hebreos 9.14 expresa la relación del Espíritu con el Hijo en su pasión: "... Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo a Dios". El adjetivo *eterno* se aplica al Espíritu y hace ver que en la eternidad pasada la tres Personas de la Deidad determinaron la obra de la redención.

El Espíritu tuvo parte también en la resurrección de Cristo. "... a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu", 1 Pedro 3.18. De allí en adelante, cual Espíritu de verdad, El ha estado testificando a Cristo en su poder para salvar, glorificando al Hijo de Dios en esta declaración; véase Juan 16.14.

4 El bautismo en el Espíritu

El Nuevo Testamento emplea siete veces el vocablo *bautizar* para expresar una relación entre el Espíritu Santo y el hombre. Para una comprensión acertada del tema, es importante notar la preposición griega usada en cada caso. En seis de estos pasajes la preposición en el idioma original es *en*, cuyo sentido primario es dejar que algo reposa en un lugar o dentro de un objeto. En Marcos 1.8 no se encuentra preposición alguna, aunque algunas ediciones del Testamento en griego incluyen un *en*.

Posiblemente la razón por qué se encuentra en ciertas traducciones *con* (“bautizados con el Espíritu Santo”) en vez de *en* sea que algunos traductores no han podido aceptar la idea de un bautismo en algo (p.ej. en agua), y por esto pensaban sería lógico hablar de “con el Espíritu”, “con agua”, etc.

Si no estamos claros en cuanto a la diferencia entre *en* y *con*, no vamos a estar claros en cuanto al bautismo que tiene que ver con el Espíritu. Veamos las lecciones en los siete casos.

Mateo 3.11: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”.

Juan les recordaba a sus discípulos que Él bautizaba en agua, pero les hizo saber que Otro, mas poderoso que Él, iba a bautizar en Espíritu y fuego. El fuego aquí podría referirse a la naturaleza del descenso del Espíritu Santo, Hechos 2.3, o podría referirse al juicio venidero del Hijo del Hombre, también llamado un bautismo en Marcos 10.39.

Ese Ser Poderoso iba a bautizar. Esta es la lección principal del pasaje. El bautismo en el Espíritu Santo sería algo que solamente Uno mayor que el Bautista podría realizar, aun cuando iba a decir que “entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”, Mateo 11.11. Pero tengamos claro que el Espíritu Santo es el elemento en el cual se efectuaría el bautismo. El Espíritu no iba a efectuar el bautismo.

Marcos 1.8: Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo.

Este versículo figura en el contexto del relato de los bautismos que Juan estaba realizando en el río Jordán; 1.5. Es evidente que estaba sumergiendo a sus oyentes *en* el río, y no *con* el río. De manera que se ve también que la traducción aceptable en el 1.8 es, “Yo ... he bautizado en agua, pero él os bautizará en Espíritu Santo”.

Lucas 3.16: Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno ... él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.

Este versículo, como los dos anteriores, enseña que “uno más poderoso” que Juan el Bautista vendría a bautizar en el Espíritu.

Juan 1.33: El que me envió a bautizar con* agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con* el Espíritu Santo. * [Traducción de Besson y otros: *en agua; en espíritu santo*]

Aquí Juan el Bautista identifica a aquel Ser Poderoso. Al ser enviado a bautizar en agua, su comisión fue de manifestar a Israel Aquel que iba a bautizar en Espíritu. Fue instruido en cómo conocerle; a saber, iba a ver al Espíritu descender y permanecer sobre Él.

Esta señal fue vista públicamente cuando Jesús se bautizó en el Jordán, y en esta ocasión Dios el Padre le declaró Hijo suyo; Marcos 1.10,11. Así Jesús, el Hijo de Dios, era quien iba a bautizar en Espíritu.

Hechos 1.5,8: Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con* el Espíritu Santo dentro de no muchos días. ... Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos ... * [Versión Moderna y traducción de Besson: *en el Espíritu*]

Inmediatamente antes de ascender al cielo, el Señor les recordó a los apóstoles la promesa de parte del Padre: “el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre”, Juan 14.26. Él mostró que el cumplimiento de estas promesas correspondería a lo que el Bautista había llamado el ser bautizado en el Espíritu. El evento tendría lugar dentro de pocos días, poco después de su ascenso al Padre (“Si me fuere, os lo enviaré”, Juan 16.7. Este fue también el veredicto de Pedro en el Día de Pentecostés. Vemos en Hechos 2.33 que así Él interpretó los estupendos acontecimientos de esa ocasión: “Jesús ... habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, [El] ha derramado esto que vosotros veis y oís”.

Realizado este bautismo en Espíritu, ellos tendrían poder, 1.8, por cuanto Él vendría sobre ellos de una manera nueva. Serían habilitados para testificar por Cristo con mayor denuedo, como “Los Hechos de los Apóstoles” procede a demostrar.



Hechos 11.15 al 17: Cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con* el Espíritu Santo. ... Callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida! * [Traducción de Besson: *en el Espíritu*]

Pedro afirmó que el descenso del Espíritu Santo en el 2.4 fue el bautismo en Espíritu que el Señor prometió en el 1.5. Estos creyentes en Cesarea también participaban en la bendición de los sucesos del Día de Pentecostés. Esta experiencia nueva en Cesarea no figura como un bautismo en Espíritu; no fue un segundo despacho del Espíritu de parte del Padre, ni otro bautismo, ni otro Pentecostés. Fue sólo “el mismo don”, 11.17, que los judíos habían recibido en la ocasión anterior. Fue una continuación de la obra del Espíritu al haber descendido de la manera descrita en el capítulo 2.

El Espíritu Santo “cayó” sobre los gentiles en Cesarea. Esta “caída” del Espíritu sobre los hombres es la recepción del Espíritu en Samaria, de la cual leemos en 8.16,17: “Aún no había descendido el sobre ninguno de ellos ... Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo”. No recibieron un bautismo, sino el don del Espíritu Santo. “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”, 2.38. “Dios ... dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros”, 15.8.

Así, aun en nuestros tiempos, cada creyente recibe el Espíritu Santo en el momento de su conversión. “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo”, Gálatas 3.2, 4.6. “Habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”, Efesios 1.13.

Pero las Escrituras nunca aluden a esta experiencia de cada cual por sí como un bautismo en el Espíritu. Se describe como: > recibir el Espíritu, Hechos 8.17; > la morada del Espíritu, Romanos 8.9; > el unguimiento de parte de Dios, 2 Corintios 1.21; > el sello con el Espíritu Santo, 1.22, Efesios 1.13; > las arras del Espíritu, 2 Corintios 1.22, o de nuestra herencia, Efesios 1.14.

El bautismo en el Espíritu es un término que aplica solamente a lo que sucedió en el Día de Pentecostés. Está reservado para la llegada inicial del Espíritu Santo cuando vino de parte del

Padre con el fin de morar en los hombres por vez primera. Este despacho del Espíritu en el Día de Pentecostés constituyó el bautismo en el Espíritu. “Cuando venga el Consolador ... él dará testimonio ...”, Juan 15.26. Nunca ha sido repetido.

1 Corintios 12.13: Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo ... y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.

En el 12.12 se asemeja “el Cristo” —a saber, la Iglesia universal del 12.27, la cual consiste en todos los creyentes desde el Pentecostés hasta el rapto— a un cuerpo. Esta metáfora no es la de Efesios 1.22,23, donde Cristo es la cabeza y la Iglesia es el cuerpo. Aquí en 1 Corintios la Iglesia es el cuerpo entero, cabeza incluida. En el 12.16,17 se habla de ciertas partes de la cabeza (oreja, ojo) como miembros del cuerpo.

De manera que, se percibe a la Iglesia en este capítulo como el cuerpo entero penetrado enteramente por Cristo, quien lo hizo un solo ente orgánico en el Día de Pentecostés. Así demuestra el 12.13. En aquella ocasión todos los creyentes fueron bautizados en Espíritu para formar un cuerpo, sin consideración de nacionalidad, rango social o aun tiempo.

El verbo aquí, “fuimos bautizados”, está en el tiempo aoristo [una acción en el pasado sin referencia a su terminación]. Esto indica dos realidades: (i) que ya había sido efectuado cuando Pablo escribió; (ii) fue algo que sucedió en una sola ocasión. En el 12.18 hay una construcción gramatical parecida: “Dios ha colocado los miembros ...” En la mente de Dios, la Iglesia quedó completa en el Día de Pentecostés, aun cuando muchos han sido añadidos desde ese día hasta ahora, como Hechos 2.47 consta.

- Los creyentes fueron escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo, Efesios 1.4.
- En el Día de Pentecostés, fueron incorporados en el solo cuerpo, “el Cristo” de 1 Corintios 12.12,18.
- Al ser salvos, fueron poseídos del Espíritu Santo; “Vivís ... según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros”, Romanos 8.9; y, en ese momento ellos comenzaron a funcionar como miembros del cuerpo de Cristo, “Sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”, 1 Corintios 12.27.

La figura de un cuerpo hace hincapié en el hecho de que el bautismo ha sido realizado de un todo. Ha sido consumado. En cambio, cuando el Espíritu nos enseña que la Iglesia está en proceso de formación, Él emplea la figura de un edificio. No es difícil entender en Efesios 2.21 que se está añadiendo miembros todavía. No así un cuerpo; el Nuevo Testamento lo concibe como entero. De manera que, cuando el Señor Jesús envió el Espíritu de parte del Padre, el bautismo en el Espíritu fue realizado de un todo. El cuerpo espiritual fue formado, y Dios percibió la Iglesia entera, a saber, todos los que han sido y los que serán salvos hasta que Cristo venga al aire.

No es correcto decir que el creyente fue incorporado en el cuerpo (la Iglesia) *por bautismo* en el momento de su conversión. Nunca leemos de un miembro siendo añadido de esa manera. Fue hecho miembro en Pentecostés, y comenzó a funcionar como tal el día de su salvación. El bautismo en el Espíritu se refiere al solo acto del descenso del Espíritu Santo. Mal podemos anhelarlo, pedirlo o esperararlo.

Hay una ilustración en el Antiguo Testamento. Al pecar Adán, todo su prole pecó también en los ojos de Dios, aun los no nacidos. “Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”, Romanos 5.12. El verbo *pecar* figura allí en el tiempo aoristo, dando a entender que los

descendientes de Adán participaron en aquel solo acto consumado de un todo en el pasado. Al nacer, entraron en los efectos de lo que Adán había hecho.

Así también el Espíritu vino en el Día de Pentecostés y todos los creyentes, inclusive aquellos que no habían nacido según la carne y los que estaban todavía sin vida espiritual, fueron bautizados en el solo cuerpo. Pero nosotros, los salvos, entramos en el efecto de aquello sólo al recibir a Cristo.

Para resumir: El bautismo en el Espíritu es un hecho consumado, único, corporativo y definitivo.

5 Su obra después del Pentecostés

En bien del inconverso

El Señor predijo el advenimiento y obra del Espíritu Santo una vez ascendido Él mismo y sentado a la diestra de Dios. Él Padre os dará otro Consolador. para que esté con vosotros para siempre”, Juan 14.16.

Una vez venido el Espíritu:

> Él continuaría la obra de salvación que Cristo había comenzado, santificando a hombres y mujeres para ser salvos. “... elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer ...”, 1 Pedro 1.2. Es decir, los pondría aparte para salvación. Los prepararían para obedecer a Dios en la aceptación de la obra de Cristo al derramar su sangre para la redención nuestra. O sea, los pondría en una posición para responder al evangelio, como sugiere el término *santificar*. Él marido incrédulo es santificado en la mujer”, 1 Corintios 7.14.

> Él convencería al mundo de tres verdades necesarias, Juan 16.8 al 11: > de pecado; a saber, que todos son pecadores por no haber creído en Aquel que murió para librarlos del castigo del pecado > de justicia; a saber, la santidad de Cristo en realizar la obra de redención que el Padre reconoció terminada al resucitarle y sentarle a su diestra en la majestad celestial; > y de juicio; a saber, el juicio del Calvario, donde Satanás fue juzgado y Cristo triunfó para estar en condiciones de dar confianza a todo aquel que cree. De manera que este *Paracleto*



(Consolador) ayuda a todos los que le buscan para salvación. A menudo convence a través del testimonio de los creyentes ante el mundo, ya que mora en ellos. Tengamos cuidado de no apagar al Espíritu en esto; 1 Tesalonicenses 5.19.

> Es el agente en la regeneración, o sea, el nuevo nacimiento. El Señor Jesucristo le enseñó a Nicodemo que nadie puede entrar en el reino de Dios sin nacer del Espíritu. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es”, 2 Corintios 5.17. > Él mantiene un nuevo estilo de vida, por cuanto está dentro de los que han creído. “Nos salvó ... por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador”, Tito 3.5. > Por Él vivimos. “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”, Gálatas 5.25. > En Él estamos justificados además de santificados. “Ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”, 1 Corintios 6.11. > Él une a los cristianos judíos y gentiles en la Iglesia, permitiéndolos vivir en paz entre sí. “... solícitos de guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”, Efesios 4.3.

En bien de todos los creyentes

Veamos la naturaleza de su obra a favor de los creyentes aparte de los esfuerzos que ellos hagan.

> El Señor les informó a sus discípulos que el Espíritu les enseñaría todo lo perteneciente a Él, recordándoles de lo que había dicho cuando estaban juntos; Juan 14.26. Y no sólo a ellos, sino a nosotros también: “Dios nos las reveló por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña ...”, 1 Corintios 2.10, específicamente el misterio de la unión de creyentes judíos y gentiles en Cristo, coherederos de Dios, comiembros del cuerpo suyo y copartícipes de las promesas; Efesios 3.56.

> El Espíritu revelaría lo que Cristo les había enseñando a sus discípulos tocante al futuro, Juan 16.13 al 15. > Testificaría de la aplicación de las Escrituras del Antiguo Testamento a la doctrina para los santos en nuestros tiempos, “Nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo ...”, Hebreos 10.15. > Él conduce a los creyentes en su servicio para Dios, indicando qué deberían hacer: Él Espíritu dijo a Felipe: Acércate ...”, Hechos 8.29; > qué decir: “Hablamos ... con ... las [palabras] que enseña el Espíritu”, 1 Corintios 2.13; > dónde predicar, “el Espíritu no se lo permitió”, Hechos 16.6,7.

De nuevo, aquí en el Nuevo Testamento podemos ver algunas consecuencias de la obra del Espíritu a favor de los santos aparte de sus propios esfuerzos. Hay la distribución de dones espirituales: > para llevar a cabo diversas funciones, Romanos 12.6 al 8, 1 Corintios 12.8 al 10, Efesios 4.11; > para designar personas para obras específicas, como los misioneros en Hechos 13.2 y los ancianos en 20.28; > para permitirles reflejar como en espejo la gloria del Señor según el nuevo pacto, siendo transformados de una gloria a otra, 2 Corintios 2.3.17,18.

En asociación con los creyentes

Después de Pentecostés, la relación entre el Espíritu Santo y los creyentes es diferente de lo que hemos visto en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo Testamento antes de Pentecostés. Anteriormente, Él venía tan sólo con fines específicos y por lapsos muy limitados. Ahora Él mora para siempre en el hijo de Dios. El Señor había prometido que los que creían en Él recibirían el Espíritu una vez que Él mismo había sido glorificado. Él que cree en mí ... de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido glorificado”, Juan 7.38,39.

El Señor enseñó en Juan 14.17 cómo el Espíritu se relacionaría con ellos; sería un huésped permanente. Mientras el Señor estaba con sus discípulos aquí sobre la tierra, el Espíritu había estado morando *con* ellos, porque moraba en Cristo en su plenitud. Una vez ascendido Aquél, moraría *en* ellos. No nos es comprensible lo que realmente quiere decir; ¿quién puede entender que una Persona divina e infinita more en el cuerpo finito de una de sus criaturas?

El Espíritu emplea el cuerpo de cada creyente como un templo, y ellos deben aprender guardar ese templo santo, enteramente dedicado a Él. “Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y ... no sois vuestros”, 1 Corintios 6.19. A la vez, emplea la iglesia local como templo. Él templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es”, 1 Corintios 3.17. En estos dos versículos el templo es el santuario de adentro que los hombres deberían venerar, y no profanar. Poco a poco Él está reuniendo a los miembros de la Iglesia, la cual es el cuerpo de Cristo, para construir una habitación, o una morada fija para Dios en la eternidad. “Vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”, Efesios 2.22.

Él fortalece a los creyentes, dándoles poder en el hombre interior y la capacidad de testificar por Cristo. “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos ...”, Hechos 1.8. “Doblo mis rodillas ante el Padre ... para que os dé ... el ser

fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” Efesios 3.16. Él testifica con su espíritu, en especial dándoles confianza en sus corazones que son hijos de Dios. Él Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”, Romanos 8.16. “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo ...”, Gálatas 4.6.



La obra del Espíritu Santo en asociación con los creyentes se evidencia en el control que Él ejerce. > Les ayudará, por ejemplo, en profetizar y tener visiones. “En los postreros días ... derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestra hijas profetizarán ...”, Hechos 2.17,18. > Y en amar, como Él vertió el amor de Dios en sus corazones. Él amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”, Romanos 5.5. > para andar en sendas divinas en vez de cumplir los deseos carnales. “Andad

en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”, Gálatas 5.16. > para estar en la expectativa de la venida del Señor. “Por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia”, 5.5. > para conversar con otros del mismo sentir, “hablando ... con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor”, Efesios 5.18,19. > para deleitarse en el estudio de la Palabra de Dios, la oración y la evangelización. “Tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu”, 6.17. “Nuestro evangelio ... llegó a vosotros ... en el Espíritu Santo y en plena certidumbre”, 1 Tesalonicenses 1.5.

En nuestra debilidad e incapacidad para orar debidamente, el Espíritu Santo intercede aceptablemente ante Dios a favor nuestro. Él Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos”, Romanos 8.26,27.

En el futuro

En cuanto a sus actividades en el futuro inmediato, el Señor Jesucristo dio a entender la asociación estrecha con Él en la transmisión de sus mensajes a cada uno de las siete iglesias de Asia, posiblemente simbólicos de la obra de instruir a las iglesias de la actualidad; Apocalipsis 2.7.

El Espíritu animaría a los que han perdido seres queridos, asegurándolos de la eterna felicidad y galardón de los creyentes fieles que están en la gloria. “Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen”, Apocalipsis 14.13.

El Espíritu clama ardientemente que el Señor Jesucristo venga y se manifieste en gloria. Así como condujo al Señor al desierto para ser tentado, Él desea su manifestación en gloria. Él Espíritu y la Esposa dicen: Ven”, Apocalipsis 22.17. La Iglesia aún en la tierra se une con Él en esto, y el Espíritu le estimula a ella en este anhelo. El que ha dado poder para el testimonio del creyente en la tierra, estimula su deseo de dar la bienvenida al Señor.

Será obra del Espíritu la resurrección de los santos dormidos en el momento del arrebatamiento; tengamos en mente que Él estaba en ellos cuando vivían, y va a dar vida a sus cuerpos mortales. Él que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”, Romanos 8.11. El Espíritu de vida de Dios entrará también en los cuerpos muertos de los dos testigos que yacerán en las calles de Jerusalén, mártires por el testimonio de Dios. Ellos se levantarán y serán llamados al cielo; Apocalipsis 11.11.

Posterior al arrebatamiento, en la ocasión de la gran tribulación, será revelado el hombre de pecado en todas sus impías maquinaciones contra Israel. Él está activo actualmente en el misterio de la iniquidad, pero el Espíritu es el gran impedimento de hombres inicuos en el mundo. Él detendrá la manifestación del hombre de pecado hasta la ocasión cuando le permita surgir de entre la iniquidad de las naciones y dejará ver lo que realmente es.

“Sabéis lo que lo detiene, a fin de que él a su vez sea quitado de en medio. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio”, 2 Tesalonicenses 2.6.7.

Este versículo nada tiene que ver con el arrebatamiento de la Iglesia, ya que habrá estado largo tiempo en la gloria. Tampoco da a entender que el Espíritu será quitado; siendo Dios, es omnipresente. Se le percibe como todavía en la tierra, aun cuando la Iglesia está en la gloria. “En medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra”, Apocalipsis 5.6.

En la regeneración milenaria, en el Día del Señor, el Espíritu Santo jugará un papel importante. Será derramado sobre todo Israel; sus hijos e hijas profetizarán; Joel 2.28. La ley de Jehová estará en sus corazones; no tendrán maestros, ya que cada uno conocerá personalmente a Jehová, el Dios de Israel; Jeremías 31.33,34. La creación animal estará en paz. “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará”, Isaías 11.6. La tierra producirá en abundancia. “Será echado un puñado de grano en la tierra, en las cumbres de los montes; su fruto hará ruido como el Líbano, y los de la ciudad florecerán como la hierba de la tierra”, Salmo 72.16.

Poco se dice de las funciones del Espíritu en las edades venideras. Pablo enseñó que Dios nos ha dado el Espíritu ahora como una promesa, un aval, del control que Él ejercerá sobre nuestros cuerpos eternos. “... para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu”, 2 Corintios 5.4,5. Parece probable que de alguna manera Él continuará la obra en la cual ha estado ocupado en la dispensación actual. Así como no podemos entender la naturaleza de nuestra propia ocupación en el cielo, tampoco podemos medir la obra del Espíritu en las edades eternas.

6 La recepción del Espíritu

El Nuevo Testamento enseña mucho acerca de la relación del Espíritu con los hombres después de los acontecimientos narrados en Hechos capítulo 2, y especialmente cómo viene sobre los creyentes colectivamente. Pero veremos primeramente la recepción del Espíritu de parte de cada cristiano en particular.

Tres maneras en que fue recibido:

Hechos de los Apóstoles narra tres ocasiones y maneras en que personas le recibirán:

> **los judíos, Hechos 2.38:** “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”.

Se arrepintieron, fueron bautizados y recibieron el don del Espíritu. Los judíos habían rechazado a Cristo y estaban en el deber especial de reconocerle por medio del bautismo en asociación con Él.

> **los samaritanos, Hechos 8.17:** “Les imponían las manos [en Samaria], y recibían el Espíritu Santo”.

Era preciso un procedimiento diferente. Ellos creyeron, fueron bautizados y requerían las manos apostólicas antes de recibir el Espíritu. De manera que Pedro, cual representante de los judíos creyentes, se identificó con los samaritanos creyentes. Este pueblo tradicionalmente había rehusado trato con los judíos, y hacía falta someterse primeramente a ser identificados con ellos antes de recibir el Espíritu.

19.5,6: “Fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo [en Éfeso]”. Se concedió una recepción similar a un grupo de doce discípulos de Juan el Bautista. Así como en el caso de Pedro y los samaritanos, Pablo tenía que imponer las manos antes que el Espíritu viniera sobre ellos. Es difícil determinar la razón, pero hemos visto tres casos en los cuales el Espíritu Santo fue dado como aprobación divina de lo que hombres habían hecho.

> **los gentiles, Hechos 10.47,48:** “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y mandó bautizarles en el nombre del Señor Jesús”.

Estos creyeron y recibieron de una vez el Espíritu, antes de bautizados. La razón se encuentra en el 15.8: “Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo [a los gentiles] lo mismo que a nosotros [los judíos]”. Conociendo sus corazones, Dios dio testimonio de su fe con darles el Espíritu. Esta es la norma para que el creyente reciba el Espíritu en nuestros días.

Requisito, ocasión y naturaleza

La sola condición es fe en Cristo, así como Él mismo enseñó en Juan 7.38,39: Él que cree en mí ... de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él”. Pablo les recordó a los gálatas que no es cuestión de obras: “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?” Gálatas 3.2. Esto es todo lo que se requiere hoy por hoy.

Se le recibe en el momento de creer. “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Hechos 19.2. El bautismo de estos señores en Éfeso en el nombre del Señor Jesús, 19.5, fue una confesión de su fe. El aoristo, *habiendo creído*, se emplea de nuevo en Efesios 1.13 para hacer saber que uno es sellado en el acto de creer. En Romanos 8.9 Pablo enfatiza que quien no tiene al Espíritu, no es de Cristo.

Se emplea cinco términos para indicar la naturaleza de la recepción del Espíritu Santo, o sea, para explicar qué es recibirle. Son: **morar, sellar, dar las arras, ungir y llenar.**

La morada del Espíritu

La mente finita del hombre no puede comprender plenamente el sentido de esta morada adentro. El Espíritu Santo es una Persona, una persona divina. Cómo un Ser infinito puede morar en un hombre finito, no entendemos. Lo aceptamos por fe.

1 Corintios 6.19: “Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y no sois vuestros”. El cuerpo del creyente es un templo del Espíritu. La palabra empleada aquí para *templo* se toma de la habitación de un dios griego, en la parte más adentro de su correspondiente santuario. Se emplea una expresión similar en 1 Corintios 3.16, pero allí es la asamblea que se presenta como un templo.



Romanos 8.9 al 11: “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el Espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”.

Hay tres consecuencias de su morada en el cristiano: (i) Domina su vida. (ii) Señala que el tal pertenece a Cristo. (iii) Garantiza la resurrección del creyente. O, posiblemente el *vivificará* del 8.11 se refiera a la vida que tiene el cuerpo actualmente, como en Efesios 2.5: “Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo”. El cuerpo es mortal solamente en vida; después de la muerte, es corruptible. 1 Corintios 15.53.

2 Timoteo 1.14: “Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros”. La presencia del Espíritu adentro le permite al creyente guardar la fe; le da fuerza para seguir el ejemplo de Cristo; le capacita para desplegar el fruto del Espíritu; le da la energía para servir a Dios.

El sello del Espíritu

2 Corintios 1.22: “Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu”. Es Dios quien sella. El verbo está en el tiempo medio, dando a entender que Dios no sella para sí; tiene un interés especial en nosotros.

Efesios 1.13,14: “Vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida ...”

El sello es una de las bendiciones espirituales en Cristo, 1.3. Obsérvese el tiempo aoristo, dando a entender un acto único en un momento dado. El sello se realizó en el momento de la conversión, “habiendo creído”. El sello es el Espíritu Santo, prometido por Cristo en Juan 14.17.

Efesios 4.30: “No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”. El sello aquí es hasta que el Señor lleve a estar con Dios aquellos que Él ha adquirido a ser suyos. Nos asegura de un tránsito seguro a través de este mundo y una llegada feliz a la gloria.

Las muchas referencias al sello en las Escrituras permiten captar su significado. Se emplea como emblema de:

> *propiedad*, 2 Timoteo 2.19: El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos ...” El sello en un edificio indica quién es su dueño y el propósito por el cual lo tienen. Somos de Dios y existimos para la gloria suya.

> *autoridad*, Ester 3.12: “... en nombre del rey Asuero fue escrito, y sellado con el anillo del rey”. El documento en Susán indicaba claramente por sus sellos que expresaba la autoridad del rey. Nuestra salvación lleva la autoridad de Dios, ya que el Espíritu nos ha sido dado.

> *seguridad*, Mateo 27.66: “Fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia”. Los principales sacerdotes sellaron el sepulcro de nuestro Señor en la esperanza de impedir una resurrección. El sello del Espíritu guarda el creyente a salva ahora y en la eternidad; Juan 10.28.

> *resolución*, Daniel 6.17: “Fue traída una piedra y puesta sobre la puerta del foso, la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el acuerdo acerca de Daniel

no se alterase”. Darío impuso su sello sobre la piedra para que nadie cambiara el acuerdo que él había hecho con el profeta. Dios nos ha dado el sello del Espíritu para garantizar que nuestra salvación quede inalterable.

> *ratificación*, Juan 6.27: “... la cual el Hijo del Hombre os dará; éste señaló el Padre”. [Versión Moderna: “... pues a éste le *selló* el Padre, Dios”.] El Padre ha sellado al Hijo para autenticar nuestro próximo tema: las arras del Espíritu.

Las arras del Espíritu como garantía

[*Las arras*: “Lo que se da como prenda o señal en algún contrato o concierto”. Diccionario de la Real Academia.]

2 Corintios 1.22, *Las promesas de Dios serán cumplidas*: “Dios ... nos ha sellado, y nos ha dado las arras el Espíritu en nuestros corazones”. El Espíritu es la garantía. Dios es fiel, 1.18; nos ha hecho una promesa, 1.20; y, nos ha dado el Espíritu como aval.

2 Corintios 5.5, *El disfrute de la vida eterna está garantizado*: El que nos hizo para esto mismo [ser revestidos de inmortalidad] es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu”. Pablo ha venido escribiendo acerca de la bienaventuranza futura, y resume su tesis en el 5.4: “Quisiéramos ser ... revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida”. El Espíritu en el cuerpo mortal es aval de que morará con nosotros eternamente.

Efesios 1.14: *Nuestras bendiciones futuras son aseguradas*: El Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”. La herencia es una de las bendiciones que el creyente tiene en Cristo, 1.3. El Espíritu mora adentro ahora mismo como garantía de que uno va a recibir la plenitud de aquellas bendiciones cuando Dios redima a los suyos.

La unción del Espíritu

Ocho veces se emplea *ungir* en el Nuevo Testamento, cuatro en relación con el Señor y cuatro acerca del creyente en el contexto del Espíritu Santo.

Es evidente que la unción —el hecho de ser ungido— es la habilitación para un oficio.



El Señor Jesucristo fue ungido de Dios para la obra de predicar el evangelio. Él Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas ...”, Lucas 4.18. “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret”, Hechos 10.38. Este Siervo Santo fue ungido para realizar la voluntad del Padre en la obra de la redención del hombre. “Se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungistes ... para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado”, Hechos 4.26 al 28.

De una manera similar, Dios ha ungido al creyente con su Espíritu. El que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios”, 2 Corintios 1.21.

Juan, al escribir sobre esto, explica que viene del Santo, Cristo, quien nos envió el Espíritu de parte del Padre. “Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas”, 1 Juan 2.20. Es el Consolador “que procede del Padre”, Juan 15.26. Como consecuencia, aun el nuevo creyente conoce lo necesario para refutar a los falsos.

Es más: 1 Juan 2.27 nos asegura que esta unción, el Espíritu en sí, mora en nosotros. “La unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella nos ha enseñado, permaneced en él”. Esto concuerda con Juan 16.13, Él os guiará a toda la verdad”.

La plenitud del Espíritu

Hemos visto que el Espíritu llenó a ciertos hombres antes del bautismo pentecostal en el Espíritu. En el Nuevo Testamento es sólo Lucas que habla de ser lleno del Espíritu. La exhortación de Pablo en Efesios 5.18, “Sed llenos del Espíritu”, parece ser una excepción, pero veremos más adelante que es una expresión diferente.

Parece que en Hechos de los Apóstoles hay tres ideas en relación con la abundancia del Espíritu:

(1) Indica la condición del creyente al recibir el Espíritu. En Hechos 2.4, “fueron todos llenos del Espíritu Santo”. La ocasión fue el nacimiento de la Iglesia. Pablo fue lleno del Espíritu en su conversión: “Hermano Saulo ... me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo”. Parece ser el patrón para nosotros en estos tiempos. Al rendirnos a Cristo, el Espíritu entra en su plenitud y de hecho le rendimos todo a Él.

(2) Esta plenitud indica cómo el Espíritu Santo toma control de los salvos para fines específicos. Así Pedro en el 4.8: “Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: Gobernantes del pueblo ...” También los creyentes en su reunión de oración en el 4.31: “Cuando hubieran orado ... todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios”. Esteban, en la hora de su martirio, fue lleno del Espíritu, de manera que magnificó a Dios cuando estaba a punto de morir; 7.55. Pablo fue lleno al atender a la responsabilidad desagradable de pronunciar juicio sobre Elimas el mago, 13.9.

(3) La plenitud señala el control del Espíritu sobre el carácter del creyente. La expresión usual es “lleno del Espíritu Santo y ...”, pero puede ser traducida mejor como “lleno del Espíritu Santo aun ...” Las palabras adicionales indican como la plenitud se manifestó en el individuo en referencia: > En el caso de los diáconos, fue su sabiduría: “siete varones de buen testimonio y de sabiduría”, 6.3. > Y en seguida Esteban, 6.5, “varón lleno de fe y del Espíritu Santo”. > La plenitud del Espíritu en Bernabé produjo “un buen hombre”, 11.24. > El regocijo caracterizó a los discípulos de Antioquía cuando llenos del Espíritu, 13.52.

¿Cómo puede un creyente caracterizarse por esta abundancia del Espíritu? Hay dos criterios, y dependen de cómo uno entiende la exhortación de Pablo en Efesios 5.18, “Sed llenos del Espíritu”.

Algunos piensan que ser lleno es que uno se esfuerce grandemente para lograr ese estado. Dicen que se trata de un mandamiento, y que uno lo obedece en la medida que se desprenda todo en su vida que impide al Espíritu. Por esto uno debe crucificar la carne, por ser ésta contraria y el Espíritu opuestos entre sí, Gálatas 5.17. Satanás debe ser resistido, porque también busca llenar al creyente en oposición al Espíritu. El deseo de la carne es contra el Espíritu ... y éstos se oponen entre sí”, Gálatas 5.17. “... el diablo ... al cual resistid firmes en la fe”, 1 Pedro 5.9. “... llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo”, Hechos 5.3.

En este mismo orden de ideas, no se debe fraternizar con el mundo, por ser enemigo de Dios. “... la amistad del mundo es enemistad contra Dios”, Santiago 4.4. El mundo no puede recibir el Espíritu, ni le conoce. “... el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce”, Juan 14.17. Si uno rechaza al mundo, la carne y el diablo, opinan los de este criterio, el Espíritu está libre a llenar al creyente.

En cambio, algunos expositores enseñan que esta plenitud del Espíritu es un acto soberano del Espíritu mismo. Ellos entiendan que las palabras traducidas como, “Sed lleno del Espíritu”, como más bien, “Sed llenos en espíritu”. O sea, que no se trata del Espíritu Santo, sino del espíritu del creyente.

La expresión empleada en Efesios no es la de Lucas en otros pasajes citados. El sentido de la exhortación se entiende mejor al ver el pasaje paralelo en Colosenses 3.16: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros ...” De manera que, ser lleno en espíritu quiere decir tener la mente llena de las Escrituras.* El hecho de llenarse, si es que esto sucede, es algo que el Espíritu hace por su voluntad propia; no viene por oración o por los esfuerzos del creyente. * [*Llenos de espíritu*, versiones de Besson, Nacar-Colunga y Torres Amat. En cambio, varias otras traducciones al español, inclusive Versión Moderna, figuran al estilo de la Vulgata de Scío: *Llenos de Espíritu Santo*].

Estas cinco expresiones describen la naturaleza de la recepción del Espíritu de parte del creyente. Señalan sendos aspectos de la relación que uno tiene con Él:

La morada	Su presencia y poder
El sello	Su resguardo seguro
Las arras	Su aval de la bendición futura
La unción	Su instrucción en la verdad
La plenitud	Su control sobre la vida y servicio

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”, 2 Corintios 13.14.

7 El fruto del Espíritu

El Espíritu en Gálatas

En su Epístola a los Gálatas, Pablo enseña mucho acerca de la relación del Espíritu con el creyente. Sus lecciones se dividen en tres grupos:

(1) El creyente recibe el Espíritu > en su conversión, 3.2; > al comienzo de su carrera cristiana, 3.3; > durante su carrera, 3.5; > y como el cumplimiento de una promesa, 3.4. El texto es: “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ... ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne? ¿Tantas cosas habéis padecido en vano? si es que realmente fue en vano. Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?”

(2) El Espíritu capacita al creyente para > llamar a Dios su Padre, 4.6; > para estar en la expectativa, 5.5; > para controlar toda su vida, 5.16; > para oponerse a su naturaleza carnal, 5.17; > para conducirlo, 5.18; > para sostenerlo, 5.25; > y para galardonarlo con la vida eterna, 6.8.

(3) El creyente está en la obligación de > desplegar el fruto del Espíritu, 5.22; > a guardar el paso del Espíritu, 5.26; > a sembrar al Espíritu, buscando siempre los intereses suyos, 6.8. Él que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará la vida eterna”.



Se percibe que la vida del creyente está controlada, o por el Espíritu Santo, o por la carne. Son antagónicos entre sí, y el corazón del creyente es el campo de batalla. El Espíritu le conduce en la medida que se le permita vencer los deseos de la carne. Pablo lo describe como sembrar al Espíritu. La cosecha es la vida espiritual, la que realmente tiene importancia y que se puede gozar ahora y por la eternidad.

La figura del fruto

Pablo emplea otra figura para expresar la operación del Espíritu en el creyente, y es la del “fruto del Espíritu”, 5.22. La pone en contraposición a las obras de la carne, 5.19. Ambas son manifestaciones externas de algo que está adentro. Las obras de la carne se manifiestan, no obstante el deseo del creyente que se queden ocultas. El fruto tampoco es una mera disposición interna; todos sus componentes tienen un efecto beneficioso sobre otros.

Pero allí termina la semejanza. “Las obras” son múltiples, dando a entender mucha actividad, agite y diversidad de propósitos. La palabra *fruto* está en el singular, dando a entender una operación silenciosa del Espíritu adentro, cual energía inherente de un organismo vivo. El uso del sustantivo en el singular sugiere también la fusión de estas gracias en un solo estilo cristiano.

Las Escrituras exponen cinco lecciones acerca de la figura del fruto, y esta Epístola ofrece ilustraciones de ellas:

- El fruto es la expresión externa de una vida fuera de la vista. “Lo que hubiere quedado de la casa de Judá ... volverá a echar raíz abajo, y dará fruto arriba”, Isaías 37.31. Dar el fruto del Espíritu es una evidencia de haber renacido y de la morada del Espíritu adentro.
- El fruto indica la naturaleza del árbol. “Por sus frutos los conoceréis”, Mateo 7.16. El Espíritu se revela en este fruto, ya que estas gracias son atributos divinos. Manifiesta también que el cristiano ha sido hecho participante de la naturaleza divina.
- El fruto es agradable al comérselo. “... su fruto fue dulce a mi paladar”, Cantares 2.3. Así, el fruto del Espíritu le agrada a Dios, “En eso es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto”, Juan 15.8, y al hombre.
- El fruto es dado para alimentar, para el bien del hombre. “Os he dado ... todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer”, Génesis 1.29.
- El fruto se propaga por sí sola. “Produjo, pues, la tierra hierba ... que da semilla según su naturaleza”, Génesis 1.12.

Gálatas 5.22,23 describe la naturaleza del fruto del Espíritu: “... es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”.

Algunos ven en esta descripción un racimo que consta de tres grupos: tres elementos para Dios, tres para el hombre y tres para sí. Pero la discriminación parece un tanto artificial.

Otros sugieren que el fruto del Espíritu es amor, y que las ocho virtudes restantes describen la manifestación del amor en la vida. El amor es sufrido, benigno, etc., 1 Corintios 13.4 al 6. > Y, hay otros que perciben en estas nueve gracias las diferentes secciones que componen una fruta; una naranja, por ejemplo, consta de concha, pulpa, semilla, etc. No hay dos naranjas con la misma composición relativa, y así los cristianos manifiestan estas nueve gracias en diferentes proporciones. Algunos se caracterizan más que otros por amor; algunos por gozo; algunos por paciencia. Un indicio de la unidad del Espíritu es que todo creyente las posee todas en alguna medida. Pero no hay uniformidad.

La composición del fruto

Veamos la composición de este fruto.

Primeramente **el amor**, la *sine que non* de la cristiandad. Es indicio de que el Espíritu está adentro. Él amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”, Romanos 5.5. Es prueba de haber renacido, “Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios”, 1 Juan 4.7. Es la marca de pureza del discipulado. “En estos

conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”, Juan 13.35.

El amor mejor se define como el hacer bien a otros aparte de cualquier mérito que tengan. “De tal manera amó Dios que dio ...”, Juan 3.16. Su nota tónica es la acción, y no el sentimiento. “No amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad”, 1 Juan 3.18. El amor contempla la necesidad de otro, no su actitud. “Amad a vuestros enemigos ...”, Mateo 5.44.

El gozo es el regocijo de un corazón lleno, cual resultado de la actividad del Espíritu en una esfera lejana del escrutinio de hombres. Es independiente de las circunstancias, viendo más allá del presente a un nombre escrito en los cielos. El cristiano activado por el Espíritu se regocija > en Dios, Romanos 5.11; > en la esperanza de la gloria de Dios, Romanos 5.2; > en la oración respondida, Juan 16.24; > en el gozo que otros tienen, Romanos 12.15. La murmuración y queja son ajenas a la naturaleza de este creyente. “No os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados”, Santiago 5.9.

La paz en este contexto no es la quietud, sino la armonía de una actividad coordinada para Dios. Un motor bien entonado y ajustado, lubricado y rotando debidamente, es una buena ilustración de la idea. No hay ruidos chocantes. La paz viene del control del Espíritu sobre las facultades del creyente, ya que todo está de acuerdo con su voluntad. Están ausentes las inquietudes de los deseos carnales y mundanos. El contentamiento según Dios es el resultado.

La paciencia [longanimidad] caracteriza a uno que padece mucho antes de dar expresión a su aflicción. El tal es lento para la ira, aguantando a aquellos que le irritan. El deja con Dios la vindicación, esperando pacientemente que haga lo suyo a su tiempo. El Espíritu Santo, habiendo puesto amor en ese corazón, gobierna el resentimiento que es según la carne.

La benignidad es el hecho de emplearse uno para el bien de otro. Es Filipenses 2.4: “... no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de otros”. Es la obra del Espíritu adentro, ya que es el Altísimo, “benigno para con los ingratos y malos”, Lucas 6.35.

La bondad busca el bienestar de los demás, cual señal del hombre que va la segunda milla, al decir de Mateo 5.41. Es sobrepasar lo que es meramente correcto. “Apenas morirá alguno por un justo ...”, Romanos 5.7. La benignidad y la bondad son muy parecidas, pero la primera llama la atención al beneficiario, mientras que la postrera señala el beneficio extendido.

La fe marca la confianza en las promesas de Dios. No se refiere meramente a un trato con Él en el pasado, cuando uno por vez primera confió en Cristo, sino tiene un significado activo en vez de pasivo. La fidelidad a Dios y a los semejantes es evidencia de un creyente guiado por el Espíritu; el tal es tan bueno como su palabra, digno así de confianza. Ambas ideas están a la vista aquí, y ambas deberían caracterizar al hijo de Dios.



La mansedumbre indica una mente debidamente controlada. No se trata de la debilidad, ni a una falta de energía o de interés. La palabra griega empleada es la que se usaba para un potro recién domado. La fuerza natural del animal estaba allí todavía, pero ahora coordinada en canales útiles. Así la mansedumbre en el creyente da a entender que sus energías están bajo la dirección del Espíritu. En deliberada humildad él permite que Dios le utilice en la realización de sus propios propósitos.

La templanza, o dominio propio, redondea esta lista de gracias cristianas. Es la supremacía sobre la carne de parte del Espíritu Santo. Es la subordinación de los bajos intereses carnales a los intereses sublimes del espíritu de uno. Incluye el control de los deseos, apetitos, afectos, lengua y pasiones; cuando hay templanza, todos están en sujeción.

Cristo el ejemplo

El desarrollo de estas gracias en el creyente, de parte del Espíritu Santo, cual fruto unificado, es la norma que Dios ha establecido para nuestras vidas. Fue manifestado abundantemente en la vida del Señor Jesucristo. Él hizo saber su amor al darse por nosotros. “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros”, Efesios 5.2. Aun siendo el Varón experimentado en quebrantos, se regocijó en el Espíritu, Lucas 10.21. Comunicó su gozo, un gozo pleno, a los discípulos suyos; Juan 15.11. Su paz también, 14.27. No era “curar la herida” con una fórmula hueca de “Paz, paz”, cuando no había paz; Jeremías 6.14. Con qué serenidad se presentó ante Pilato, enteramente a cargo de la situación. ¡Esta es la paz!

Su paciencia se hizo ver en Gátaba, ya que “cuando le maldecían, no respondió con maldición”, 1 Pedro 2.23. La eternidad proclamará su benignidad hacia nosotros. “... para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”, Efesios 2.7. Sus oyentes hacían saber su bondad al ver sus obras. “Unos decían: Es bueno”, Juan 7.12. “Este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”, Hechos 10.38.

En Juan 8.29 se ve tanto la fe del Señor en su Padre como su fidelidad hacia Él: El que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada”. Él estaba siempre consciente de que el Padre estaba cerca. En 2 Corintios 10.1 Pablo basa una exhortación en la mansedumbre de Cristo, a quien había tomado como su ejemplo: “Os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo”. Su templanza era tal que nunca tuvo por qué retractar lo que había dicho, ni pedir excusa por un abuso cometido. Era “justificado en espíritu [en el Espíritu]”, 1 Timoteo 3.16. Dios veía que el espíritu suyo era santo.

Este, entonces, era el fruto del Espíritu en Aquel que estaba lleno del Espíritu Santo, Lucas 4.1. Todas estas gracias se evidenciaban en perfecta armonía en la vida suya; es el patrón para el cristiano. Este mismo Espíritu mora en un creyente hoy, y la medida en que éste sujete su carne al Espíritu, será la medida en que se asemejará a su Señor al dar el fruto del Espíritu.

Nuestra responsabilidad

El Espíritu Santo producirá el fruto en la vida del creyente conforme éste busque el gobierno suyo y a la vez subordine su propia carne. La semilla del fruto se siembra por la constante lectura de la Palabra de Dios. Se riega con la oración. Pero es tan sólo el Espíritu que da el crecimiento que produce el fruto.

El creyente está en el claro deber de mantener una relación estrecha con el Espíritu Santo a lo largo de la vida. Debe andar por el Espíritu, Gálatas 5.16. La rutina de sus actividades debe ser llevada a cabo en asociación con el Espíritu de acuerdo con su orientación. “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”, 5.25. Así se guarda del pecado del orgullo, contención y envidia. El creyente “siembra al Espíritu”, 6.8; todo lo que hace está en los mejores intereses del Espíritu, y por esto el beneficio se hará ver en vida eterna.

Si bien es solamente el Espíritu que puede producir este fruto, el cristiano debe evitar que actuaciones carnales le impidan. “No proveáis para los deseos de la carne”, Romanos 13.14. “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”, Gálatas 5.24. El cristiano concienzudo aprende a decir, “No”. Él sabe que toda evidencia de egoísmo va en contra del dominio del Espíritu en su vida.

8 La dirección del Espíritu

Muchos asocian la dirección del Espíritu en el creyente con tan sólo la parte que ellos toman en la reunión de adoración el domingo por la mañana, o la oración pública, o en el orden de una “conferencia”. Hacemos bien en examinar cómo figura el tema en el Nuevo Testamento, aprendiendo así su verdadero significado para las reuniones del pueblo del Señor.

Su dirección del Señor Jesucristo

La expresión *llevado por el Espíritu* figura dos veces en relación con el Señor Jesucristo: > Mateo 4.1: “Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto”. > Lucas 4.1: “Jesús, lleno del Espíritu Santo, ... fue llevado por el Espíritu al desierto”.

En la Reina-Valera se usa *llevar* dos veces y *guiar* dos veces, pero en realidad el griego emplea un término en Mateo y otro en Lucas, Romanos y Gálatas. El que figura en Mateo 4.1 como *llevado* es el mismo que figura en Romanos 10.7, “*hacer subir* a Cristo de entre los muertos”. Realmente se emplea tres expresiones. Figuran en la Reina-Valera como *llevar* en Mateo 4.1, *impulsar* en Marcos 1.12 y *llevar* en Lucas 4.1. En la Versión Moderna, figuran como *conducir* en Mateo, *impeler* en Marcos y *conducir* en Lucas.

Pisamos tierra sagrada al ver cómo esto aplica al Señor Jesucristo, ya que se trata de la dirección de parte de una Persona de la Deidad a otra Persona de la Deidad. Pero de la tentación del Señor podemos aprender mucho de lo que está encerrado en la dirección del Espíritu en la vida del creyente.

El relato en Mateo enfatiza la sumisión del Señor al Espíritu Santo y su cooperación con Él en esta empresa especial. Por el vocablo que emplea Marcos, parece que el Espíritu le dio un influjo irresistible. Y en el relato según Lucas observamos que la dirección va mano en mano con la plenitud del Espíritu.



Lucas dice que fue llevado *en* el desierto. [Pablo Besson: “se iba *en* el espíritu, *en* el desierto”]. No es sólo que el hecho de ir haya sido dirigido por el Espíritu, sino cada acto mientras estaba allí. Por esto Lucas emplea el verbo en el tiempo imperfecto; literalmente, estaba siendo llevado. Aun después de la tentación, el Señor volvió a Galilea en el poder del Espíritu, Lucas 4.14.

Apliquemos el ejemplo del Señor al creyente en estos tiempos. Así como el Espíritu le dirigió al Señor al desierto, Él le enseña al creyente su voluntad. Para estar seguro de la dirección que está dando, uno debe estar lleno del Espíritu, procurando siempre estar bajo su control. Será fácil apreciar su dirección si uno está escuchando constantemente. Pero cooperación con el Espíritu es esencial, aunque sea desagradable a la carne, o difícil. El Espíritu no solamente indicará cuándo uno debería comenzar una empresa, sino proseguirá a prestar apoyo en ella.

Su dirección del creyente

La expresión *guiado por el Espíritu* figura dos veces en relación con el creyente: > Romanos 8.14: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”. > Gálatas 5.18: “Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley”.

La cita de Romanos viene de la parte central de una sección que enseña que los que están en Cristo Jesús no están bajo condenación, pero sí tienen por dentro dos poderes que están opuestos entre sí: la carne y el Espíritu. El creyente vive, o “conforme a la carne”, o “conforme al Espíritu”. La primera se opone a Dios; sujeción a ella no puede agradar a Dios.

Pablo ofrece tres razones por qué el creyente no debería andar conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. > Los que viven conforme al Espíritu están muertos en lo que se refiere a la comunión con Dios, 8.13. Compárese con la viuda en 1 Timoteo 5.6: “viviendo está muerta”. > Los que son guiados por el Espíritu manifiestan la dignidad de los hijos de Dios, 8.14. El Hijo de Dios fue llevado por el Espíritu, y así pueden ser los hijos suyos. > Los que han nacido de nuevo han recibido la posición de hijos adoptivos, 8.15. “Habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” El creyente debería regocijarse en su posición como hijo, y manifestarla por medio de su sumisión a la dirección del Espíritu en vez de seguir los impulsos de la carne.

Ahora, Gálatas 5. En el 5.13 Pablo visualiza al creyente como uno libre de una servidumbre: la de la ley en el caso del judío, 4.5, y la de la idolatría en el caso del gentil, 4.9. Ambas servidumbres eran actividades de la carne. Le preocupaba a Pablo que los gálatas volvieran a enredarse carnalmente por sumisión a ordenanzas legalistas. Al andar conforme al Espíritu, ellos vencerían su tendencia hacia los deseos carnales.

Ser guiado por el Espíritu quiere decir que toda la rutina del cristiano está dirigida por Él. Uno que por propósito se somete a ser guiado por el Espíritu está controlado por un poder distinto de la obediencia a la ley. La vida de Rebeca ofrece un cuadro; cuando ella se puso a la orden del siervo de Abraham para el viaje al otro extremo del desierto, ya no estaba bajo la dirección de su familia ni de su terruño; Génesis 24.10.

Así, la dirección del Espíritu nos extrae de la esfera de los deseos carnales y también de las disposiciones legalistas. Debemos desprendernos de éstos. En vez de ocuparnos de las obras de la carne, debemos desplegar el fruto del Espíritu. Pablo resume esto de una manera práctica en 5.25,26: “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros”. O sea: en vista de que tenemos vida por medio de Él, debemos guardar el paso suyo y así también con otros. Esto nos guardará de buscar el bien propio, o de envidiar a otros.

Cuando se busca la dirección suya, el Espíritu manda en toda faceta de nuestra vida. > El Señor que le dijo a Pedro dónde debería pescar, Juan 21.6, es todavía el que capacita a sus hijos para tomar decisiones en sus negocios. > El Espíritu guía en cuestiones del hogar: “Jehová, en cuya presencia he andado, enviará su ángel contigo, prosperará tu camino; y tomarás para mi hijo mujer de la familia de mi padre”, Génesis 24.40. > El favorece a aquellos que han buscado primeramente el reino de Dios: “Este Daniel prosperó durante el reinado de Darío ...”, Daniel 6.28. > El brinda dirección en las actividades de la asamblea: “Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo ...”, Hechos 13.2.

Alguno preguntará cómo se puede discernir esta dirección. Pablo trata el tema en 1 Corintios 2.9 al 16. “Hemos recibido ... el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido ...” El discernimiento espiritual es una facultad que viene con la salvación. Se comprende por fe. El que se echa sin reserva sobre el Espíritu Santo para su dirección, reconocerá tarde o temprano que ha sido guiado. Notemos el testimonio del siervo de Abraham en Génesis 24.27: “Bendito sea Jehová ... que no apartó de mi mano su misericordia y su verdad, guiándome Jehová en el camino”. Se puede afirmarlo después del hecho, aun si uno no se da cuenta en el momento que está siendo guiado.

Esta dirección nunca está en conflicto con la Palabra de Dios, ya que el Espíritu no va a contradecirse a sí mismo. Él habla a través de la Palabra: “Como dice el Espíritu Santo: Si

oyereis hoy su voz ...”, Hebreos 3.7. Mal va a conducir a un creyente a un yugo desigual con un incrédulo, dado lo que ha escrito en 2 Corintios 6.14.

En Hechos 16.6 al 10 hay una ilustración de la dirección divina. Obsérvese: “les fue prohibido por el Espíritu”, 16.6; “el Espíritu no se lo permitió”, 16.7; “descendieron a Troas”, 16.8; “se le mostró a Pablo una visión”, 16.9. De que llegaron a saber que aseguradamente fue un llamado de parte de Dios, se encuentra en el 16.10: “dando por cierto que Dios nos llamaba”. Vemos que no pocas veces el curso de las circunstancias nos indica qué dirección el Espíritu nos está indicando.

¿Qué debe hacer uno para confiar que el Espíritu le guiará? La dirección viene en respuesta a la oración. “Tu buen Espíritu me guíe a tierra de rectitud”, Salmo 143.10. El Señor dijo que daría el Espíritu a quienes se lo pidan; Lucas 11.13, y esto queda explicado en el pasaje paralelo en Mateo 7.11, donde Mateo emplea las palabras, “buenas cosas” en vez de “Espíritu”. El don de Lucas 11.13 es las “cosas buenas” que le pertenecen al Espíritu; a saber, su dirección e instrucción.

Prosiguiendo, serán guiados por el Espíritu aquellos que son llenos del Espíritu, viviendo en, y sintiendo, el disfrute de su presencia. Por cuanto el Espíritu se opone a la carne, el creyente no puede esperar ser guiado por Él si está controlado por los deseos de la carne. Esta vieja, pecaminosa naturaleza en nosotros fue crucificado en el momento de nuestra conversión, pero nos incumbe guardarla en una condición de muerta en la práctica.